

## BUSCANDO LA FELICIDAD

He aquí que una vez, Pol, un chico que vivía con sus padres y hermanos en una masía, en la Ribera de Cardós, después de mucho pensarlo, decidió marcharse a recorrer villas y pueblos para buscar la Felicidad. No era feliz llevando el rebaño de ovejas en el pasto, en aquellos prados tan verdes del entorno de la masía.

Ya le aburría ordeñar las vacas todos los días por la mañana, antes de irse con el rebaño hacia los prados. Las noches del invierno eran oscuras y largas, y se le hacía muy pesado sentarse alrededor de la mesa, jugar la partida de cartas, ajedrez, dominó..., con los hermanos. Cada día era una rutina, que ya no le aguantaba más.

Los padres, especialmente, y también los hermanos se llevaron un buen disgusto cuando les comunicó su decisión: Marchaba a buscar la Felicidad. Seguro que la encontraría lejos de esos parajes y lejos de la monotonía familiar.

Cargado con la mochila, víveres por algunos días, y el dinero que pudieron darle los padres, empezó su aventura.

La madre, sollozando inmersa en un mar de lágrimas, le encomendó que no dejara de hacer cada día la pequeña oración a la Virgen, que ella, desde que era pequeño, le había enseñado. Ahora no la tendría cerca a ella, su madre en la tierra; pero la del cielo le acompañaría siempre.

Anda que caminarás, Pol llegó a un pequeño pueblo y, antes de entrar, vio a un campesino labrando su campo. Se acercó y, sin más, le dice: "Buen hombre, ¿eres feliz?".

El hombre, sorprendido por la pregunta, que nunca le habían hecho en la vida, pensó unos momentos y respondió: "¿Que si soy feliz?... Claro que sí. Aquí me ves cansado y sudando, labrando el campo, pero es mi tesoro. El trigo que voy a plantar me dará lo suficiente para vivir mi mujer, mis hijos y yo. Mi corazón está contento mientras hago el trabajo, porque es lo que tengo que hacer, y lo hago por quienes quiero."

Pol agradeció la respuesta al hombre y continuó el camino.

En la plaza del pueblo jugaban unos pequeños a pelota. Se les veía contentos, riendo y disfrutando, y Pol pensó: "Estos también parecen felices jugando con su pelota."

Se marchó de aquel pueblo y, siguiendo el curso del río, encontró más abajo, en la orilla, un pescador. Se le acercó y le hizo la misma pregunta: "Buen hombre, ¿eres feliz?"

El hombre, sorprendido también con la pregunta, le respondió: "¡Claro que soy feliz!. ¿Sabes lo que es que llegues a casa con un par de truchas del río?..."

¿Sabes lo que es, ver chispear de gozo los ojos de una madre al ver los dos peces?... Ni todo el oro del mundo puede comprar este chisporroteo de alegría de sus ojos. Esta esperanza es la que hace que siga aquí pacientemente todo el tiempo que haga falta y me sienta feliz de hacerlo."

Pol, que pensaba que para ser feliz hacía falta mucho dinero y grandes cosas, quedaba sorprendido de las respuestas de aquella gente y no acababa de comprenderlo.

Al llegar a otro pueblo, se dirigió a la estación. "Cogeré el tren", se dijo, "e iré a la gran ciudad, a Barcelona. Allí la gente debe ser diferente, y la Felicidad debe ser otra cosa", pensó.

Tras tres horas largas de tren llegó a Barcelona. ¡Qué mareo de coches! ..., ¡qué trasiego!... No sabía muy bien dónde ir hasta que cogió un autobús hacia la Plaza de Cataluña. Llegado allí, miraba a los escaparates de las tiendas y a la gente que salía cargada de paquetes. "Estos serán muy felices", pensó. "Han podido comprar lo que querían", y detuvo a una señora que salía muy cargada.

"Señora, disculpe", le dijo, "¿es usted feliz?". "No", le respondió la señora. Feliz, ahora que lo pienso, no soy demasiado. He estado trabajando todo el año para comprarme un traje y zapatos nuevos. Todo es muy caro. Ahora me gusta lo que he comprado, pero, como nos ocurre a todos, al cabo de un tiempo, lo que te llenaba mientras lo deseabas, deja de tener encanto con el paso de los días. Sabes qué te digo, chico, que empleamos la vida trabajando, comprando... ¿y qué? ...".

Pol agradeció la respuesta a la señora y se quedó pensativo. Esta mujer no valoraba su trabajo, como los dos hombres con los que había hablado hacía unos días.

Paseo de Gracia arriba se encontró con un operario de la limpieza, que barría las aceras. "Buen hombre, ¿es feliz?", le preguntó.

"Mira chico", le respondió. "Si me lo miro por la esquina buena, soy feliz. Tengo trabajo, ¿sabes? Y esto ahora, en los tiempos que corren es muy importante. Mi sueño es un día poder comprarme un piso, aunque sea pequeño; poder encontrar una buena chica y formar un hogar. Este pensamiento me ayuda a hacer placentero mi trabajo.

Pol empezaba a ver que la felicidad no es una receta, que es cada uno que se la hace.

Subiendo, subiendo, llegó a un convento que hay al final del paseo, y pensó: "Los frailes sabrán muy bien dónde está la felicidad. Me acercaré". Y dicho y hecho. Llega al convento, llama a la puerta y al buen fraile capuchino que le abrió, le tira, sin más preámbulo, su pregunta: "Padre, ¿es feliz usted?... ¿Qué hacer para ser feliz?".

“En la primera pregunta, te diré que sí, soy feliz porque estoy donde quiero estar y sobre todo, porque me siento en paz con Dios. Ésta es la primera fuente de la felicidad. Y en tu segunda pregunta te contesto diciendo: Si quieres ser feliz ama lo que haces y sueña, si puedes, en un futuro razonable aquí en la tierra. Y si ya eres mayor o la salud te lo impide, sueña en el más allá. Sueña con el abrazo de Dios, que te está esperando para cuando acabes el camino”.

“la Felicidad, chico, está dentro de ti, no la busques fuera. Dios, primer puntal de felicidad, está en cada ser humano. Descúbrelo en ti y serás feliz”.

Pol agradeció mucho las sabias respuestas de aquel fraile y decidió dejar de buscar fuera de él la Felicidad. Volvería a casa y pondría en práctica todo lo que él le había dicho. Había encontrado buenos ejemplos por el camino.

**La FELICIDAD la llevamos en nuestro interior. Nos la da descubrir que Dios está en nosotros y nos ama y, por tanto, debemos amar lo que hacemos y hacer el bien a los demás.**

Montserrat Llopart